Éxodo de Babilonia

Ad Infinitum III

Sofía Bertelsen

AUREA
EDICIONES

© Éxodo de babilonia
Colección: Ad Infinitum
Primera edición, Abril 2023
© Sofía Bertelsen

Edición General: Aldo Berríos
Portada: Felipe Montecinos
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Áurea Ediciones

Áurea Ediciones Ltda.
Errázuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl
Sello: Soyuz



ISBN: 978-956-6183-33-4

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el editor, de lo contrario se vera expuesto a reclamación legal.

Parte 1

La Falla

1: El proyecto Génesis

Cinco días para el Final

Cuando Foster Sapiens recibió la descarga de dolor que le quitaría la vida, cerró los ojos y se entregó a la muerte, tal como había hecho tantas otras veces. Para el doctor, la muerte no era un final, sino un mero medio de transporte. Reapareció tendido en una contorsión extraña sobre un helado suelo de concreto, y sus ropas estaban aún más destrozadas que en el universo anterior. Se parecía a lo que en algún otro universo habrían llamado "mendigo".

Abrió los ojos y esperó unos segundos a que su vista se acostumbrara. Para él ya todo eso era rutinario; sin embargo, le parecía estar tendido en varios suelos diferentes a la vez. Aquello era jodidamente extraño; Foster se consideraba un viajero interdimensional experimentado y hábil, pero jamás había tenido esa clase de sensación.

—Estoy en La Falla —susurró mientras observaba a su alrededor. Se encontraba en medio de una sala de concreto mohoso. Hacia su derecha había una escalera que descendía infinitamente hacia quién sabe dónde. Sobre él, un poco de luz se colaba tras una rendija en el techo.

Se tomó unos minutos para recuperar fuerzas; luego respiró hondo y se puso de pie. Se tambaleaba. Aquello no le había sucedido en ninguna de las realidades que había

visitado, y eso que, en una ocasión, Foster dio a parar a un lugar en que nadie caminaba, sino que bailaban. Ni él mismo podía dejar de bailar; al parecer las leyes físicas de aquel sitio así lo requerían. Foster esbozó una sonrisa de añoranza al pensar en sus aventuras. ¡Qué buenos recuerdos! En ese sitio aprendió que cada realidad se rige por ciertos principios y los que en algunos universos son fundamentales, en otros parecen cuentos estrafalarios.

Observó la rendija con más detenimiento; el techo de aquel sitio no era precisamente mucho más alto que su cabeza. Y entonces reparó en un trozo de losa algo más claro que el plomizo techo de concreto. ¡Una escotilla! Alzó la mano para quitar la losa, pero su extremidad se limitó a atravesar el techo como si fuese aire.

—¿Pero qué carajo…? —murmuró. Y alzó las manos de nuevo, y de nuevo, hasta que en el cuarto intento, el trozo de losa detuvo su mano, y el doctor pudo empujarlo. ¿Por qué era incapaz de interactuar con las cosas?

Estiró ambos brazos hacia la superficie, y de un salto se impulsó hacia arriba. Estaba afuera. La luz de la ciudad lo cegó durante unos instantes, pero el doctor agradeció infinitamente haber logrado salir de aquel subterráneo de mala muerte.

Foster Sapiens sabía que su siguiente parada sería la Falla, pero el plan inicial era llegar aquí con Jake. El chico Pyro tenía astucia y valor; y además conocía aquel trozo de la Verdad que Foster no. Qué desgracia, desde luego. Pero tarde o temprano se encontrarían de nuevo: Confusio la Serpiente, con la sabiduría que le daba su condición de Entidad, de espíritu cambiaformas que funcionaba como heraldo del Infinito, protegiendo a los viajeros y a ciertas partes del multiverso, había sido bastante explícito al hablar de aquello.

—En la Falla donde todo se ha originado, encontrarán un poderoso magnetismo —había siseado el reptil—. No importa si te separas de los demás, pues aun así han de

reunirse; no hay nada con más poder de atracción que el punto de inicio de la destrucción del Todo.

En aquel momento, Foster estaba bebiendo un batido de plátano y frambuesa bajo las palmeras en una apacible isla tropical. Lo de encontrarse con "los demás" lo intrigaba, pero no entendía muy bien qué había querido decir Confusio con todo ese asuntillo del "inicio de la destrucción del Todo".

—Encontrarás al Segundo Fuego bajo el cielo de una Espiral Verde —siseó Confusio ante el silencio de Foster—. ¿Me estás oyendo?

—¿Puedes estar en silencio un segundo? —había protestado Foster. Se encontraba en el paraíso, pero la jodida cobra no había dejado de molestarlo en todo el día.

—Debes escucharme, Foster Sapiens. El destino de todas las cosas depende de ustedes.

Y vaya que había tardado en entenderlo. En aquel minuto, le habría encantado poder hablar con Confusio la Serpiente para recibir cierta guía, pero las Entidades perdían poder al acercarse a la Falla. La Falla era el sitio del multiverso donde se había originado todo el problema. Debido a la cantidad de viajes interdimensionales hechos por la Corporación Infinitum, siete realidades se entremezclaron y acabaron fusionándose, generando una realidad única y al borde del colapso. Este colapso se estaba expandiendo por el multiverso, pero la Falla era el punto de origen. Ahí la realidad se distorsionaba hasta tal punto, que toda Verdad llegaba a ser anulada. Y según había mencionado Confusio, ellos, las Entidades, representaban la Verdad.

No le costó comprender a qué se refería aquel bicharraco cuando solía advertirle sobre lo que se avecinaba. A su alrededor, flotando en el aire, en el suelo, o allá a lo lejos en el horizonte, el universo se habría rajado formando algo parecido a una cicatriz. Solo que dentro de la herida no veía el color rojizo de la carne viva, sino una

hermosa mezcla de colores que parecían danzar al son de la vibración del universo.

El firmamento estaba adornado con al menos treinta espirales de diferentes tamaños y colores, algunas de las cuales atravesaban a las otras. Aquel universo estaba jodidamente loco. La ciudad que lo rodeaba tampoco manifestaba mucha cordura; edificios altísimos se estiraban hasta perderse más allá de las espirales. Llegada a cierta altura, algunos edificios se curvaban atravesando perpendicularmente a sus vecinos, otros estaban superpuestos entre sí, y más de uno terminaba abruptamente para luego aparecer mucho más arriba.

En las pantallas de publicidad se mostraban anuncios alucinantes. Foster observaba embelesado a una chica muy similar a María O'Connor destapando una botella de gaseosa y bebiendo mientras su pelo se mecía con el viento. Incluso le parecía sentir el aroma de María desde allí. Foster *necesitaba* comprar ese refresco. "Spiral Ice, te llevamos al infinito", rezaba el cartel. El siguiente anuncio era aún más impresionante. Hermosos paisajes se sucedían entre sí; islas tropicales más excelsas que el paraíso, sublimes atardeceres rojos sobre el mar, altas montañas nevadas, los maravillosos cráteres de una luna púrpura. Todo era muy similar, (quizás demasiado) a los lugares que Foster había visitado y amado en otros universos. Luego de mostrar la foto de una pareja caminando por un bosque rebosante de vida, el anuncio culminaba con las palabras "Proyecto Génesis: caminemos juntos a un nuevo hogar". Foster *debía* mudarse a aquel sitio, fuera lo que fuera. Espera, ¿qué carajo le estaba sucediendo? Él era un viajero interdimensional, no un tipo débil y dócil que se dejara persuadir por cualquier publicidad. "Quien quiera que sea el ingeniero de marketing de estas jodidas marcas, es bueno", pensó Foster. "Parece conocerme bien".

El pasadizo subterráneo del cual Foster había emergido se encontraba bajo un pequeño parque con árboles. Todos

los árboles estaban conectados entre sí a través de sus ramas como neuronas y los follajes iban del verde mate al rojo vivo. "Este universo está en drogas duras", pensó Foster mientras comenzaba a caminar.

Tantearía el terreno antes de que llegara Jake o algún otro viajero. Montessori la tigresa le había insinuado que se encontrarían con más chicos como ellos, así que debía estar preparado. Y nada mejor para prepararse que un poco de exploración.

Debía ser casi la medianoche, aunque no podía decir con certeza que la luna se encontrara en su punto más alto. Había al menos siete lunas, varias de las cuales estaban superpuestas. No se veía demasiada actividad en las calles. De hecho los caminos estaban tan vacíos, que Foster caminaba justo en el centro de las avenidas, cosa que le había causado la muerte al menos veinte dimensiones atrás. "Aquellas niñas con tres ojos me retaron a hacerlo", recordó. Quizás a veces se portaba demasiado infantil. En fin: su manera de ser le había permitido llegar lejos, así que no veía necesidad de cambiarla.

—Tengo que encontrar a un nativo y pedirle explicaciones básicas sobre este sitio. —murmuró para sí—. Y tomarme una buena Spiral Ice.

Anduvo a pie a lo menos un kilómetro, pero se vio obligado a detenerse en seco. Un enorme agujero negro de al menos cuatrocientos metros de diámetro cortaba el camino en dos. Al otro lado, Foster logró divisar algunas vallas de protección y al menos una docena de personas que pululaban alrededor de vehículos estacionados. Estaba demasiado lejos para distinguir si se trataba de hombres o mujeres ni cómo eran exactamente los vehículos. Genial, ahora debía volverse e intentar evadir el agujero de alguna manera. Entonces, Foster volvió la cabeza y descubrió que un tipo muy sonriente con bata de médico caminaba hacia él. A juzgar por su manera de andar, debía ser alguien muy relajado y simpático. "Este es el nativo que buscaba",

pensó. "Vaya, este universo me conoce bien".

Aquello lo inquietaba, pero la verdad es que todo en ese sitio lo inquietaba. Intentó no parecer un viajero interdimensional, así que le sonrió de vuelta al nativo.

—¡Hola, soy el doctor Javier Bueras, cardiólogo! —saludó. Javier tenía la piel rojiza y unos ojos negros que contrastaban totalmente con su cabellera casi blanca. Medía casi lo mismo que Foster, y aunque a él le gustaban las mujeres, tuvo que admitir que el nativo era bastante atractivo—. Te he visto vagar solo por aquí y me ha parecido que necesitas una barca para sortear el agujero negro. Si quieres puedo llevarte yo.

Demasiada amabilidad. Aquello era una mala señal, definitivamente, pero… Javier Bueras era cardiólogo, y Foster sabía muy bien que los médicos eran las personas más confiables del multiverso. ¿Qué perdía con subirse a la barca?

—Agradezco mucho tu ofrecimiento, pero me temo que no tengo nada con qué pagarte.

—Oh, tranquilo —respondió el cardiólogo—. Ya no cobro. El dinero perdió su valor el día en que se anunció la cuenta regresiva. Y los millonarios se llevarán todos los billetes, ya sabes. El Pueblo se queda para el colapso.

Foster Sapiens no había reparado en la sencilla barca de madera blanca que reposaba unos metros más allá, justo en la orilla del agujero negro. Aunque bueno, tampoco había reparado en Javier Bueras ni en el mismo agujero. Quizás en cuántas cosas no había reparado. Javier y Foster se acomodaron en la modesta embarcación y Javier comenzó a remar. A Foster Sapiens le parecía jodidamente surrealista que un doctor como él acarrease gente en una barca por encima de un agujero negro, pero permanecería callado. Sabía que, así, los nativos comenzaban a hablar por su cuenta y a revelarle de a poco los secretos de su realidad.

—Mira cómo nos han jodido, ¿eh? —Javier sonaba de-

masiado jovial para la gravedad de la situación—. Los ricos destruyeron la realidad, y los mismos ricos escaparán de ella, como ricos que son. ¡La gente común siempre se queda con las consecuencias!

—Disculpa, ¿adónde se iban los ricos? Yo, eh… he perdido la memoria —mintió Foster.

—Seguro que sí —respondió Javier Bueras el cardiólogo con cierto resentimiento—. Se marchan a sus casitas en el proyecto Génesis, los muy jodidos. El embarque será en unos días, y prácticamente no quedan cupos. Cuando se vayan, *nuestros* universos colapsarán.

—¿Nuestros? —inquirió Foster, confundido.

Estaban a cincuenta metros de la orilla. De pronto, Javier Bueras se volteó, y algo en su rostro cambió. ¿Cuántos ojos tenía? ¿Cuántas narices? ¿Cuántas bocas? Parecía ser que un montón de rostros asomaban de la cabeza de Javier. ¿Cuántos Javieres había? La barca comenzó a temblar y ondularse, y por un segundo, Foster Sapiens temió que fuera a volcarse y lanzarlo al agujero negro.

—Eh ¿qué pasa? ¿Todo bien? —dijeron los Javieres ante la mirada horrorizada de Foster—. *¿Todo bien? ¿Todo bien? ¿Todo bien?*

"Tengo que salir de aquí", pensó el ex doctor. Comenzaba a marearse. Miró hacia un lado y, para su sorpresa, junto a él iba una barca idéntica con un Foster y un Javier Bueras idéntico.

—¿Qué especialidad tienes? —le gritó Javier a su otra versión.

—¡Soy ginecólogo! —respondió el aludido.

Ambos Fosters se miraban el uno al otro con pánico. ¿Tanta locura provenía de su cabeza, o de la realidad?

—No te asustes, es pan de cada día —le dijo Javier a Foster en tono confidencial—. De vez en cuando pisamos una zona de realidad más fragmentada de lo normal, y vemos a más versiones de nosotros mismos. Hay un Javier nutriólogo, un dermatólogo, un psiquiatra, uno que es

chamán… Vaya, estoy llegando a envidiarte. ¡Quién perdiera la memoria para poder olvidar todo este desastre!

Foster asintió. Durante el resto del trayecto, el joven médico guardó silencio mientras el cardiólogo Javier Bueras remaba y daba rienda suelta a su lengua. Foster no quería saber qué estaría diciendo el ginecólogo Javier Bueras ni el chamán, así que se centró con todas sus fuerzas en escuchar a *su* Javier. De ese modo fue que aprendió que debido a cierta Falla en la realidad, siete universos se habían entremezclado entre sí y las grandes empresas habían indicado hacer algo para mejorar la situación, pero la cuenta regresiva indicaba que quedaban solo cinco días para el final. Ah, y también escuchó muchos insultos contra los ricos, y dadas las circunstancias, quienes quiera que fueran los ricos, se lo tenían bien merecido.

—Muy amable, gracias —dijo Foster Sapiens cuando por fin lograron llegar al otro lado. Se sintió infinitamente feliz cuando al otear los alrededores, vio que los otros Fosters y los otros Javieres habían desaparecido.

* * *

Por si no lo habían notado, Foster Sapiens era un tipo con la autoestima bastante alta. Jamás había dudado de su valentía, pero luego del viajecito en barca con Javier Bueras el cardiólogo, (¿o era ginecólogo?), a medida que pasaban los minutos comenzaba a sentirse como si todas sus especialidades estuvieran superpuestas y no le fuera posible recordar en qué trabajaba el otro médico. No pudo soportar mucho más.

Al otro lado del agujero, un camión y un coche con aspecto de haber chocado entre sí se ubicaban con tristeza cerca de la orilla del camino. Los vehículos podrían haber sido los más sofisticados que Foster había tenido la oportunidad de ver, pero estaban tan dañados por la colisión, que era difícil decirlo con total certeza. Junto a los cacharros, un grupo de adultos charlaba con pesar. Tras el camión había una pareja besándose como si jamás fueran

a volver a verse y cerca de la orilla del agujero negro (casi con los pies colgando) se sentaba un taciturno adolescente de pelo largo y enredado que tenía aspecto de querer morirse. También había un par de niños que jugaban a la pelota. Unos metros más allá, se había abierto una cicatriz vertical con una altura de al menos medio kilómetro.

—¡Buenas noches! —saludó Javier Bueras una vez hubo aparcado la barca. El adolescente lo miró con melancolía y agachó la cabeza, escondiéndose tras su mata de pelo.

—Eh, Javier —saludó una mujer perteneciente al grupo de adultos. –Hemo' tenido un accidente, ¿podríah venir a comprobar nuestro' signo' vitaleh?

—No comprendo: usted está viva —intervino Foster. Se sentía bien poner los pies en tierra firme luego de haber cruzado el agujero negro en una barca tan pequeña.

—No se sabe —explicó Javier en un tono lo suficientemente bajo para que solamente Foster pudiese oírlo—. Sheila, o cualquiera de los aquí presentes, podría haberse muerto en alguna de las siete realidades que están entremezcladas.

Sin embargo, la gente parecía demasiado tranquila como para haber muerto en alguno de los siete universos de la Falla. Pero, en fin, ¿qué sentido tendría estresarse cuando quedan cinco días para el final de todo? Los diferentes adultos formaron una fila tras Sheila y, uno por uno, Javier Bueras fue comprobando sus signos vitales. Resultó que la tal Sheila había muerto en dos realidades y estaba fatalmente herida en una de ellas; y en el resto del grupo, solo tres personas estaban completamente ilesas. Un hombre de piel aceitunada que había sido el último en formarse había muerto en seis universos.

—Con razón me sentía tan mal —dijo el hombre, con indiferencia.

—Vamoh a tener que organizarte sei' funerale', Volframio —se quejó Sheila—. Y no tenemo' dinero para eso.

Foster Sapiens estaba atónito ante tanta incoherencia y